Mario Mendoza

Lady Masacre

DESTINO

Lady Masacre

Mario Mendoza

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1366

© Mario Mendoza, 2013

© Editorial Planeta, S. A. (2016)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2016

ISBN: 978-84-233-5078-0
Depósito legal: B. 5885-2016
Impreso por Black Print
Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Hay momentos de la vida en los que uno tiene la impresión de estar perdiendo el poco tiempo que le queda, de estar echándolo a la basura, pero, curiosamente, no se le ocurre nada mejor, no desea cambiar de vida, no quiere hacer grandes planes de recuperación, no tiene ningún interés en convertirse en una versión mejorada de sí mismo. Sencillamente acepta su inferioridad y se queda quieto, aguantando.

Así me sentía yo aquel 1 de julio del año 2008. Unos meses atrás me habían arrojado del periódico a la calle por beber aguardiente en horarios de trabajo. Durante dos décadas había sido un cronista reconocido. Pero de pronto me encontré sentado en un parque al mediodía, solo y con un cheque en el bolsillo. Yo, Frank Molina, el cronista de judiciales que había ganado varios premios de periodismo, acababa de morir y el cadáver ya empezaba a pudrirse. Como mi expulsión había dado pie a un escándalo (me agarré a trompadas con los encargados de seguridad que pretendían sacarme de mi oficina a las malas), un colega de la competencia aprovechó la escenita

para publicar una nota con un titular que decía: «El periodista Frank Molina protagoniza riña que le cuesta su trabajo.» Eso significaba que ningún otro medio me contrataría jamás. Se trataba de una expulsión definitiva del oficio, no del puesto. Y para empeorar las cosas, los sabuesos de los chismes de farándula se encargaron de desempolvar mis expedientes psiquiátricos (varios ingresos en clínicas especializadas como paciente bipolar y alcohólico confeso), y se cebaron a su antojo exponiendo en público los lados más siniestros de mi intimidad. No me defendí y dejé pasar los ataques. No acepté entrevistas, no escribí ningún artículo haciendo la apología de mí mismo, no negué los cargos. Sólo me encerré en mi apartamento a escuchar a La Derecha, a releer *Música Marciana,* de Álvaro Bisama, con esa exquisita dicha que otorga el ocio, y a pensar en qué diablos iba a hacer de allí en adelante con mi vida de desempleado sin remedio. Tenía cuarenta y tres años, estaba soltero, sin hijos, sin parientes cercanos, y no tenía la más mínima intención de volver a trabajar para otros.

Decidí pasarme a dormir a una habitación que me servía para guardar cachivaches, una especie de cuarto del servicio diminuto y muy estrecho, donde escasamente logré meter la cama y caminar alrededor de ella para salir y entrar. Una ventana de pocos centímetros daba a un patio interno por donde sólo al mediodía se filtraban algunos rayos de sol. Tal vez busqué un espacio exterior que se acomodara a lo que estaba sintiendo, un afuera que se correspondie-

ra con lo que llevaba por dentro. Y durante días y días me encerré en ese agujero donde, debido a la falta de aire, hacía un calor tremendo y el aire enrarecido de mi propio sudor y mi respiración acumulada me impedían conciliar el sueño para descansar. Fueron noches extrañas: me veía feliz, sonriente, cocinando, yendo y viniendo por la calle junto a exnovias que me habían hecho muy feliz, o en la playa de vacaciones, o haciendo el amor en noches de pasión desenfrenada, o celebrando junto a ellas artículos de prensa que habían sido premiados. Necesitaba recordar una vida activa y feliz que me sirviera de contrapeso para ese presente infernal que me estaba haciendo tanto daño. Ahora que me recuerdo a mí mismo metido entre esas cuatro paredes donde antes estaban las escobas y los utensilios de aseo, sin aire, sudando a chorros hasta dejar las fundas de las almohadas empapadas, creo que de manera inconsciente busqué un refugio, una protección, un útero donde me sintiera a salvo de las agresiones de ese mundo exterior que lo único que quería era minarme las últimas defensas hasta conducirme a una muerte segura y sin remedio. Una madre, sí, una cueva de afecto donde nadie pudiera hacer nada contra mí. Y creo que no estoy muy lejos de la verdad, porque recuerdo también que solía dormir en posición fetal y que en varios de mis sueños aparecía mi madre (ya fallecida), siempre bondadosa y cariñosa, acariciándome el pelo, diciéndome cuánto me quería, abrazándome antes de salir para el colegio. Definitivamente la niñez no es un estado superado,

sino una dimensión de la conciencia que está ahí, latente, y que se activa por momentos para que nos quede claro que seguimos siendo esos seres diminutos, frágiles y lúdicos que tanto disfrutaban de la protección de sus adultos.

Luego de diez días de encierro uterino, saqué la cama de allí y regresé a mi habitación normal, amplia, espaciada, luminosa, y me dije que había que dejar la depresión y enfrentar lo que me había sucedido: era un maníaco-depresivo alcohólico y marihuanero ocasional que me había quedado sin trabajo, que nunca más volvería a publicar una nota ni siquiera en la sección de los obituarios, y que tenía un deber: rehacer mi vida, luchar, buscar una salida que atravesara ese túnel hediondo y pestilente en el que me había caído de un día para otro.

Después de sopesar varias opciones (abrir un bar —idea perfecta del paraíso para un alcohólico—, poner un restaurante, fundar una revista o largarme a trabajar a otro país), terminé haciendo un curso con antiguos detectives del DAS (Departamento Administrativo de Seguridad) y de la Fiscalía para que me dieran una licencia como investigador privado, compré una casa barata en el barrio Siete de Agosto, remodelé el primer piso para usarlo como oficina, me instalé en el segundo y le arrendé el garaje a un mentalista llamado Kalimán, cuya clientela entraba y salía del lugar desde las seis de la mañana hasta las diez de la noche. De haber sabido que la astrología, la quiromancia y el tarot daban tanto dinero, me hubiera dedicado a ser socio de Kalimán en

lugar de ponerme a probar suerte en un oficio que me llamaba la atención, pero del cual no tenía en realidad ni idea.

Conocía el medio y tenía varios enlaces en los bajos fondos porque ser cronista de judiciales implica moverse con solvencia por todas las capas sociales, pero siempre había estado del otro lado del teclado, donde el pellejo está a salvo. En realidad no conocía la intensidad adictiva del crimen, el costado peligroso del delito, así que, de alguna manera, elegir un oficio como el de investigador privado era una elección vital: no más palabras, sólo importaba la acción. Tenía una licencia para portar un revólver calibre 38 corto y un carné que parecía falsificado. A mí lo único que se me había ocurrido era abrir la oficina con un nombre pomposo, «Detectives Metropolitanos», publicar un aviso en los clasificados y sentarme a esperar como un imbécil detrás de un escritorio de segunda. Esperar, ésa era la clave. Esperar a ver qué me deparaba el destino.

Al principio, me llegaron dos o tres casos sosos: investigar el paradero de un marido borracho, rastrear a una amante casquivana y vigilar a una adolescente millonaria que había decidido meterse todas las drogas posibles que encontrara en la ciudad. Dije que no a todos. Me aburrían, no me entusiasmaban, y decidí continuar en acuartelamiento de primer grado esperando un caso que valiera la pena.

Por eso el 1 de julio de 2008, ya con cuarenta y cuatro años cumplidos, estaba sentado en mi nueva oficina sin estrenar, y la sensación preponderante

era la de estar perdiendo el tiempo mientras mis escasos ahorros iban menguando poco a poco. Ya me había bebido media botella de aguardiente (nunca soporté el whisky), me había fumado un porro de buena marihuana de la Sierra Nevada de Santa Marta (lo tenía totalmente prohibido por mi enfermedad) y estaba navegando por páginas de porno en internet. Mujeres desnudas, parejas en distintas posiciones sexuales, orgías: distintas puertas que conducían a paraísos artificiales que por ahora eran los únicos a los que tenía acceso. Nada me importaba mucho, ni siquiera ese tipo que se hacía llamar Frank Molina y que cada día me parecía más aburrido y cargante.

Estar solo no era ningún problema para mí. La bipolaridad enseña una lección brutal desde el comienzo: tarde o temprano los que están junto a ti se van a cansar, van a renegar de tu cercanía, te van a detestar. Desde muy joven, cuando empecé a sufrir los primeros trastornos de personalidad, mis amigos y las mujeres con las que estaba involucrado a nivel sentimental se fueron alejando de mí aterrados de tener un compañero o un novio que se transformaba en otro, como en una película de horror. Un día conversas con un tipo, lo dejas de ver un fin de semana, regresas al lunes siguiente y resulta que en ese cuerpo está ahora otro fulano. Es para salir corriendo. Así que nunca juzgué a la infinidad de parejas que me abandonaron durante los ataques o durante mis largas reclusiones en instituciones psiquiátricas. Como es apenas obvio, me fui acostumbrando rápi-

damente a no soñar con una estabilidad conyugal, con hijos (mi enfermedad podía ser transmitida a la siguiente generación y por eso desear un hijo era un acto de irresponsabilidad y de crueldad: no quería heredarle mi sufrimiento a otro ser), ni con una vida social activa que me permitiera estar rodeado de gente que me apreciara y me respetara. No, eso no era para mí. Nadie aprecia a un individuo que está amarrado en una sala de cuidados intensivos, gritando y amenazando a los enfermeros. Y nadie respeta a un depresivo crónico que se queda en un patio mirando una pared durante horas enteras mientras las babas le escurren por la barbilla y el cuello. Para empeorar las cosas, el alcohol, la única manera que había encontrado de rebelarme en contra de mí mismo, de escaparme, de huir de esa mente fluctuante e inestable, me convertía en un sujeto aún más extraño y peligroso. Las mujeres experimentan con los cabeza-duras y los calaveras al principio, mientras aprenden y disfrutan de su sexualidad, pero después eligen a los juiciosos y rectos para casarse, a los que les garanticen una progenie sana y acomodada. Es la voz de la naturaleza, las hembras protegiendo la permanencia de la especie. Un tipo como yo estaba por fuera de esas reglas, era un cocodrilo mueco y con alas, un leopardo empeñado en vivir en aguas submarinas.

La única mujer que había sobrevivido a esa lista de fugas había sido Miranda, una masajista que trabajaba en unos baños turcos en Chapinero. Era una caleña divertida, de una bondad inusual, cariñosa,

que se había dado cuenta muy rápido de que yo era un peligro para mí mismo, pero no para los demás. Desde un comienzo le había explicado mi situación y le había aclarado que yo no era un hombre para armar un hogar. Ella se había sonreído, me había dicho que el matrimonio le parecía una experiencia macabra (esa fue la palabra que utilizó) y que a sus escasos veintiocho años ya sabía que el amor no se conjugaba nunca en futuro, sino en presente. Esa sinceridad que tuvimos desde el comienzo nos permitió disfrutar de una amistad donde el afecto no buscaba posesiones ni dominios, y donde cada uno se cuidaba muy bien de juzgar y de atacar sin motivo al otro. Sin embargo, más allá de ese acuerdo tácito que había entre nosotros, yo sabía que si me acercaba demasiado y traspasaba los límites permitidos, podía herirla sin intención. Si los demás guardaban su distancia, estaban a salvo. Pero si cruzaban la línea y querían ayudarme o rescatarme, yo sí podía ser una amenaza, una amenaza grave que les dejaría unas heridas de por vida.

En algún momento cerré los links de las páginas porno, me levanté del asiento y caminé hasta la ventana. Martes después de un puente, el cielo nublado, las calles mal pavimentadas, la tienda a pocos metros en diagonal, las casas oscuras y tristes del Siete de Agosto, el heroísmo de la clase media venida a menos, la zona de tolerancia varias calles más abajo, los clientes de Kalimán que tocaban el timbre con suspicacia, con la cabeza baja, como si tuvieran miedo de que alguien los fuera a fotografiar. Entonces

tomé conciencia del plural de mi letrero: «Detectives Metropolitanos.» ¿Qué locura era ésa? ¿Por qué no había escrito el aviso en singular? ¿Dónde estaban los otros que justificaban el plural? Y si en un principio me pareció un disparate absurdo y pretencioso, después caí en cuenta de que mi inconsciente había sido más listo que yo. Frank Molina, según los diagnósticos de distintos psiquiatras, era un bipolar incurable, era dos hombres en uno: el arriesgado y entusiasta Frank de las fases maníacas, y el silencioso y hundido Frank de las fases depresivas. Era una oficina donde trabajaban dos investigadores, aunque en principio sólo apareciera uno.

Recordé que debía tomarme la pastilla de carbonato de litio (único regulador emocional que había surtido algún efecto para contrarrestar la maníaco-depresión), lo hice con el último trago de aguardiente que tenía en el vaso, y me iba a sentar a seguir disfrutando de mi harén virtual cuando sonó el timbre dos veces. Dos. ¿Una por cada uno de los detectives que trabajaban en esa oficina?